

LAS DIMEN- SIONES DE EUROPA

Por EDUARDO HARO TECGLEN

EUROPA, ¿en qué consiste? De Gaulle, en su última conferencia de prensa —un monólogo, un «one-man show» ante ochocientos periodistas—, celebrada a fines de julio en su palacio del Elíseo, ha lanzado una fórmula que le es grata: hay que construir «una Europa europea». De Gaulle había aplicado ya esta manera de no decir nada a otras entidades menos vagas que Europa: una «Argelia argelina», una «Francia afrancesada». Una «Europa europea» requiere más explicaciones. El general las da. «Una Europa europea significa —dice— que exista por sí misma y para sí misma». Un editorialista americano —del «New York Times»— considera que este concepto representa un «sacro egoísmo»: sin duda este hombre está imbuido aún de la idea de que la política americana representa un «sacro altruismo» y que los Estados Unidos rigen por los otros y para los otros. La gran ilusión del General Presidente reside en crear en este continente una política de independencia con respecto al mundo comunista y al mundo capitalista. La gran curiosidad de esta idea consiste en que ha sido inventada ya por los países subdesarrollados: emitida con una impresionante fuerza por Nehru desde la India, fue seguida y explotada por Nasser en Egipto, por Tito en Yugoslavia. Con más o menos posibilidades de relación, es el ideal político de los nuevos países africanos. Y se alberga en la conciencia de todas las oposiciones hispanoamericanas. Es una política de «Tercer mundo», una política de «neutralismo positivo». Como la Europa occidental no está dominada ni influida por el comunismo, la aplicación de estos principios supone exclusivamente la idea de zafarse de la hegemonía americana. Y de ponerse al frente de ese «Tercer mundo». El fastidio de todo esto consiste en que Francia quiera sustituir aquella hegemonía de Estados Unidos, que considera definitivamente periclitada, por la suya propia, y a base de unos mismos datos: una economía capitalista de grandes empresas y un arsenal de bombas atómicas en manos de una sola potencia. El general ha anunciado ya que en 1966 su país dispondrá de cincuenta bombas atómicas de sesenta KT., que en 1970 podrá utilizar instantáneamente una potencia nuclear equivalente en dos mil veces a la que destruyó Hiroshima. (Los técnicos no discuten mucho esa posibilidad: solamente creen que el desarrollo paralelo de las grandes potencias nucleares, cuyo desarme no se ve venir, convertirá ese arsenal en infantil, y que Francia no dispondrá aún en 1970 de los medios para proyectar fuera de su territorio tan fabulosa muerte.) De Gaulle sustituye la *Grand'Armée* de Napoleón por la «grandeur» atómica —el adjetivo «gran» aparece en la política francesa con Napoleón; los alemanes replicaron con el adjetivo «colosal»; De Gaulle reverdece a Napoleón, hace renacer el mito romántico en nuestra edad técnica— con una finalidad similar. La consecuencia inesperada de esta política francesa es un nuevo aislamiento de Francia. Erhard ha llamado al orden en su país a los «afrancesados»; se ha permitido incluso llamar a su despacho a Adenauer para forzarle al silencio. Muchas veces, Erhard ha sido humillado en el gran despacho de Adenauer, forzado a no fumar durante horas mientras escuchaba el rapapolvos del «Viejo»; ahora, «El Gordo» le ha tenido en el mismo despacho, soplando continuamente sobre Adenauer el humo de su cigarro, para explicarle que tanto Strauss como él deben cesar de inmiscuirse en la política exterior de Alemania. Holanda, Luxemburgo, Bélgica, Italia, han abandonado las tesis degaullistas. Los británicos fueron desdeñados por él... Europa no es degaullista. Pero, ¿qué es Europa?

Lo extraño es que no se haya advertido todavía que los Estados Unidos son Europa, que la Unión Soviética es Europa. El determinismo geográfico ya no puede jugar hoy como en tiempos pretéritos; los continentes se desbordan a sí mismos, se prolongan gracias a las técnicas, a las comunicaciones, a la información. Las economías nacionales tienden a unificarse, a integrarse; lo mismo ocurre con las economías continentales, y con los campos espirituales, ideológicos. No puede ser realista creer que Europa se detiene en las fronteras naturales marítimas y en las artificiales políticas, como ocurría antes. Estados Unidos es una prolongación de Europa. Kennedy era un irlandés. Eisenhower —Eisanauer—, un alemán; Goldwater es un judío alemán —Goldvasser—, Johnson es un sueco o un inglés, no lo sé bien —nadie se ha preocupado de saber nada de Johnson—; toda la vida de los Estados Unidos reposa en unas tradiciones importadas de Europa y prolongadas, acrecentadas, continuadas en un momento en que —a principios de siglo— la inventiva y la imaginación de este trozo geográfico que llamamos Europa pareció detenerse. En el otro extremo de la cuerda tirante podemos encontrar verdades similares. Marx era



européo: el marxismo es una doctrina nacida en Europa, fortalecida en Europa, que antes de tener sede en Rusia la tuvo en Alemania y la tuvo en Francia. Todos los grandes pensadores marxistas, hasta la aparición de los chinos, han sido europeos. Es inútil pensar que Praga no es Europa, que no lo son Moscú o Varsovia o Budapest. En estos momentos, el presidente de Rumania visita París y reanuda unas relaciones antiguas; Butler, ministro de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña, acude a Moscú; Erhard, en Bonn, invita a Kruschchev a una visita no de orden turístico, sino para buscar entendimientos políticos. Al mismo tiempo los emisarios políticos de todos los países del continente —excepto Francia— van a Estados Unidos, reciben visitas de Estados Unidos. Europa no se puede crear contra Rusia ni contra Estados Unidos: Europa es Europa, la URSS y Estados Unidos, en espera de posteriores ampliaciones, que ya se van dibujando. Es indudable que los grandes regímenes antagonistas, nacidos ambos del costado europeo, se van aproximando por distintos caminos. Todo lo que haga el continente por favorecer esa aproximación será positivo; todo lo que haga por distanciarla, por dividir, será negativo.

Es cierto que hay un concepto pesimista de Europa, basado en una mal entendida oposición entre lo espiritual y lo material. «Vivimos del aroma de un vaso vacío», decía Renan al referirse a Europa. Henri Massis lamenta el «abandono de certidumbres esenciales», como Plessner cree que el espíritu escéptico y la «sospecha ideológica total» han corroído todo en nuestro continente. Pueden no ser falsas estas ideas, pero precisamente la culpa estriba en el inmovilismo espiritual europeo, en no aceptar las prolongaciones naturales de la Historia. Hay también un «creacionismo europeo» que puede ser igualmente pesimista a pesar de su aspecto constructivo: consiste en querer una resurrección. La lógica más elemental nos enseña que las resurrecciones son imposibles, mientras que las vidas nuevas son espontáneas. Un ejemplo de esa norma regresiva lo encuentro en una frase con que el periodista suizo Ralmond Silva anuncia («Journal de Genève», 25-26 de julio) la celebración en Basilea de unas conferencias europeas de cultura. Dice así: «Se puede admitir, a pesar de los señoritos del progresismo intelectual, que el europeo, pese a sus defectos, se ha revelado como el ser más creador de todos los que pueblan el globo. Atormentado, apasionado, siempre en busca de novedades, de investigaciones, de invenciones, volviendo a interrogarse continuamente sobre el mundo y su propio yo, descubridor de la Tierra —¿quién la habría conocido sin él?— representa un tipo de hombre que ha marcado con su garra el universo, comenzando por América del Norte y la del Sur, cuyos habitantes han nacido de él». Pasando por alto el fanatismo de considerar al europeo nada menos que como «descubridor de la Tierra», debe uno forzarse a pensar si realmente uno es un «señorito del progresismo intelectual» por saber que el cristianismo no nació en Europa ni fueron europeos sus primeros protagonistas, lo que significaron las orillas del Eúfrates y el Tigris en el origen de nuestra civilización, los descubrimientos árabes de las matemáticas y la astronomía, la existencia de una prodigiosa civilización en China cuando Europa estaba en la barbarie... Tenemos grandes motivos para sentirnos orgullosos de ser europeos; convertiremos ese orgullo en ridículo si nos creemos los únicos personajes serios del planeta, y nuestra civilización como la única válida y desgraciadamente a punto de ser arrollada por los materialismos exteriores.

El espiritualismo y el materialismo no son fuerzas opuestas, sino concomitantes. Puede decirse que son una misma fuerza. Los grandes ideales de la Humanidad brotan siempre en zonas de progreso material. A su vez, la abundancia material es una creación de los hombres y las sociedades dotadas de una amplia y generosa visión del mundo y de la vida: es decir, de un sentido espiritual.

En este sentido, creer que Europa puede constituirse en entidad independiente a base de su tradición grecorromana y de las futuras bombas atómicas francesas, con desconocimiento o aislamiento de todo lo que está ocurriendo en el mundo exterior, y considerar exterior ese mundo, es grave e insensato. Africa y Asia pueden permitirse relativamente el lujo de ser un mundo aparte —provisionalmente—, porque están saliendo prácticamente de la nada. Si lo que De Gaulle llama Europa se cierra en sí misma, irá a parar a una nada colonial. Lo que está ocurriendo en el mundo es algo tan importante como el acercamiento de dos sistemas que parecían opuestos y que poco a poco se van aproximando hacia un humanismo mutuo. Habrá regresiones, habrá saltos atrás, pero el futuro está claro.